

A la sombra de la superpotencia

*Entrevista por Arturo Rocha
con Soledad Loaeza¹*

Arturo Rocha: Entre su larga obra, el más reciente libro de la doctora Soledad Loaeza se adentra en la Guerra Fría para analizar la influencia de Estados Unidos en el presidencialismo mexicano. El primero de dos volúmenes, *A la sombra de la superpotencia. Tres presidentes mexicanos en la Guerra Fría, 1945-1958* (México, El Colegio de México, 2022, 470 pp.), arroja luz sobre la adaptación dinámica del presidencialismo mexicano frente a la influencia de Estados Unidos. La autora plantea que el sistema presidencial del partido hegemónico fue un mecanismo de autodefensa frente a la vecindad con la primera potencia militar e industrial del mundo.

En el marco de los doscientos años de historia compartida entre México y Estados Unidos, Soledad Loaeza describe la evolución de la política exterior estadounidense hacia Latinoamérica y, específicamente, hacia México. La investigadora emérita ahonda en la materia después del fin de la Guerra Fría y analiza el contexto actual tras la invasión rusa a Ucrania y la creciente presencia internacional de China. Evalúa el papel de Estados Unidos en la democratización de México y repara también en sus excesos hasta el hoy.

¹ Arturo Rocha es director de Estrategias y Políticas Públicas para América del Norte, SRE. Soledad Loaeza es profesora-investigadora emérita de Ciencia Política del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México. Entrevista realizada el 25 de noviembre de 2022.

¿Por qué eligió la Segunda Guerra Mundial y la posguerra (Manuel Ávila Camacho, 1940-1946; Miguel Alemán, 1946-1952, y Adolfo Ruiz Cortines, 1952-1956) con la idea de estudiar la influencia de Estados Unidos sobre México?

Soledad Loaeza: Es una casualidad, fue una sorpresa que me reservaron los documentos. Yo empecé estudiando al presidente Díaz Ordaz y cuando revisé su sexenio me encontré con que las relaciones con Estados Unidos habían sido bastante complejas. Es un momento en el que Estados Unidos afirma su dominio, su hegemonía, sobre América Latina —al mismo tiempo que está involucrado en la Guerra de Viet Nam.

No debemos olvidar que en 1964 Estados Unidos propicia el golpe de Estado en contra del presidente Goulart en Brasil. En 1965, envía tropas a República Dominicana. Es un momento de una gran intolerancia de Estados Unidos hacia cualquier cosa que parezca alterar el *statu quo* en la región. Esto lo tiene muy presente el presidente Díaz Ordaz. Él se entrevistó nueve veces con el presidente Johnson a lo largo de su sexenio, algo que me llamó mucho la atención.

Yo sobre todo he trabajado sobre política interna. *A la sombra de la superpotencia* es mi primer estudio sobre política internacional, aunque también sigue siendo sobre política interna, porque mi interés es el desarrollo institucional de la presidencia mexicana. Pero, al revisar el material de investigación me di cuenta que la influencia de Estados Unidos en el proceso de formación del presidencialismo mexicano fue importantísima en esos años.

Estados Unidos había sido un vecino difícil para México, mucho más poderoso siempre. Pero en 1945 México se encuentra con un gigante, con una superpotencia. Es la primera potencia industrial y militar; un país con un armamento nuclear muy amenazante. ¿México qué va a hacer? Pensemos, por ejemplo, que en esos años Estados Unidos tenía 160 millones de habitantes. México, un país agrario, tenía 20 millones. Mientras Estados Unidos contaba con un ejército de tres millones de efectivos, México tenía uno con cincuenta mil. Es evidente que México no puede enfrentarse con Estados Unidos. Y eso lo entiende el presidente Ávila Camacho.

Yo encontré el impacto de la relación con Estados Unidos sobre los asuntos internos en el movimiento estudiantil de 1968. El presidente Díaz Ordaz

pensaba que si Estados Unidos se había metido en Brasil podría hacerlo perfectamente también en México. Él estaba preocupado en mantener el orden interno, una de las excusas que usaban los estadounidenses para intervenir. Y posteriormente comete los errores que ya todos sabemos. Esa variable, la presencia de Estados Unidos, es un factor que hay que tomar en cuenta en el desarrollo institucional mexicano.

Arturo Rocha: En su libro habla de un segundo volumen que estará dedicado a estudiar a Adolfo López Mateos (1958-1964) y Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), ¿por qué detenerse en Díaz Ordaz y no continuar con Luis Echeverría?

Soledad Loaeza: En esos años, de 1945 a 1970, hay muchas continuidades. Para empezar, esos tres presidentes son alemanistas; se forman en la trayectoria, en el modelo, de la presidencia de Miguel Alemán. Comparten su manera de concebir al Estado y de relacionarse con Estados Unidos. En 1959 estalla la Revolución cubana y eso altera el contexto regional. Pero México de alguna manera permanece aislado de esa influencia y se mantienen las continuidades políticas hasta el final del periodo de Díaz Ordaz.

Arturo Rocha: En su libro usa el caso de las elecciones de Perón en Argentina como un ejemplo de intervención abierta de Estados Unidos. El embajador Spruille Braden mencionaba incluso la dicotomía “con o sin elecciones libres, Perón no será presidente, porque así lo digo yo. Soy yo o Perón”. Además del golpe en Brasil tenemos también el golpe de Estado a Jacobo Árbenz en Guatemala. Da la impresión de que no hay un intervencionismo de tal grado hacia México, que hay un trato diferenciado. ¿Cómo explicar que la interferencia estadounidense hubiese sido menor con su vecino directo?

Soledad Loaeza: Hay un contraste muy fuerte. Todo comienza con Miguel Alemán. La intervención en la elección de Alemán es evidente y está documentada en las comunicaciones del embajador de Estados Unidos en México con el secretario de Estado, Dean Acheson. El embajador insistía en intervenir y el secretario de Estado, una persona muy inteligente, le responde que no hay que realizar ningún tipo de intervención.

Si observamos el cuadro completo vemos que al intervencionismo estadounidense le fue muy mal en Brasil y en Argentina. Estos antecedentes fueron una lección: “Si los países quieren tener un dictador es su decisión, la intervención resulta mucho peor”. Esa actitud se mantiene. Por nuestra parte, el primer presidente que se dio cuenta de que no es posible elegir un candidato que fuese un desafío para Estados Unidos fue Lázaro Cárdenas. Cárdenas designó como su sucesor a Manuel Ávila Camacho, un moderado admirador de Estados Unidos y de la democracia.

No obstante, Ávila Camacho a su vez optó por Miguel Alemán, un candidato contrario a la preferencia del embajador de Estados Unidos. En distintos momentos, la Embajada estadounidense lo acusó de ser fascista, de ser comunista y también de ser un espía nazi. Existe la sospecha de que Miguel Alemán no era bien visto por haberse rehusado a cooperar en contra de los espías japoneses y alemanes durante la guerra. En todo caso, Alemán ya como candidato se entrevista con el primer secretario de la Embajada de Estados Unidos, porque el embajador se niega a recibirlo.

Fue muy difícil para Alemán tener esa oposición; fue extraordinario que haya logrado sortear tal hostilidad. Él llegó con una idea muy clara de lo que quería para el país y cómo alcanzarlo. Tuvo un gabinete de primera: especialistas, economistas, gente muy reconocida. El presidente Truman, en visita a México, aun con muy malas referencias del presidente, escribió en su diario que al bajar del avión y ver al presidente Alemán “I immediately liked the guy”.

Entonces, México tiene a un vecino gigantesco y amenazante. Por lo tanto, reconoce que no puede oponerse a los estadounidenses. El Gobierno mexicano optó no por la resistencia, al estilo de Árbenz, sino por una colaboración que permitía obtener ventajas dentro de esa asimetría inevitable. Es una posición geoestratégica, porque Estados Unidos busca defender su espacio de seguridad en el escenario de una guerra nuclear probable. México juega bien esa carta al sumarse a la alianza con Estados Unidos y, desde esa coyuntura de inseguridad estadounidense, negocia con ellos.

Arturo Rocha: Parece entonces que Estados Unidos tiene una injerencia matizada, pues acepta a Miguel Alemán como presidente siempre y cuando se ciña a las coordenadas de la Guerra Fría.

Soledad Loaeza: No me gusta la palabra *interferencia* ni *injerencia*, porque eso supone actividad. Los estadounidenses confían en que los mexicanos tomarán la decisión correcta de no enfrentarse al gigante. Esto fue así al menos hasta Eisenhower, quien, a pesar de tener un gran afecto por México, siempre señaló que si los comunistas llegaran al poder significaría la guerra.

Algunos en nuestro país piensan que los estadounidenses son muy buenos: no. Ellos actúan según sus intereses. Si sus intereses dictan que hay que tratar bien a México, así lo harán. Pero si sus intereses dictan que hay que poner la bota encima, pondrán la bota encima.

Arturo Rocha: Usted señala que “el autoritarismo fue una estrategia deliberada de defensa ante un vecino desmesuradamente poderoso y ya no sólo el resultado de las luchas de poder en el interior de la élite revolucionaria”, ¿cómo funciona el autoritarismo como sistema de autodefensa?

Soledad Loaeza: La idea, el supuesto de Ávila Camacho, era: “Estados Unidos tiene veto pero no puede elegir”. A Estados Unidos no le interesó realmente la democracia mexicana, sino hasta la década de 1980. Pero sí les importaba la estabilidad; ahora es la misma historia. Tampoco les hubiese gustado que México fuese una dictadura militar. La gran democracia del mundo, que había derrotado regímenes autoritarios en Europa, no aceptaría que su vecino fuese una dictadura militar, algo muy claro que se constata en los documentos del Departamento de Estado.

En el caso de México, Estados Unidos no tenía que intervenir abiertamente para que nos diéramos cuenta hasta donde podíamos llegar. Ambos países alcanzaron un punto de equilibrio. La amenaza creíble fue suficiente.

Arturo Rocha: Retomando la idea previa del contraste entre México y otros países, Estados Unidos tolera movimientos sindicales, un clientelismo popular, elementos que ideológicamente orbitan alrededor de la esfera soviética.

Soledad Loaeza: No sólo tolera eso, prácticamente todos los congresos comunistas de América Latina tienen lugar en México. Existía la idea de un equilibrio, los mexicanos sabíamos hasta dónde llegar con ellos y los estadounidenses con nosotros. Había confianza a un grado tal que

la seguridad del presidente Johnson en una visita a nuestro país corrió a cuenta de las fuerzas de seguridad mexicanas.

Arturo Rocha: Pareciera entonces que Estados Unidos no tiene un interés genuino en la promoción ideológica de la democracia liberal, del modelo de pesos y contrapesos. ¿Hay una política realista en la defensa de sus intereses, quizá escondida en la máscara del liberalismo durante la Guerra Fría, o hay una promoción auténtica de los valores de la democracia representativa?

Soledad Loaeza: Depende de en qué momento estamos hablando. Cuando ocurre la transición mexicana, un periodo largo e importante de cerca de treinta años, Estados Unidos está atento y sí promovió la democratización mexicana auténticamente, desde Jimmy Carter hasta Ronald Reagan. Prácticamente todos querían que hubiera democracia en México, yo creo que de manera sincera.

Los años que yo estudio son años de una gran rigidez, pero también de estabilidad internacional, salvo las crisis internas, los golpes de Estado y las dictaduras militares en América Latina que afortunadamente no tuvimos en México. Yo creo que no tuvimos una dictadura militar en México gracias a Estados Unidos. De la misma manera que yo sostengo que de no haber habido presión estadounidense quizá no tendríamos elecciones en México.

John Coatsworth, el gran historiador estadounidense que conoce muy bien México, dijo que el destino de la democracia mexicana depende de Estados Unidos. Yo sí lo creo, fue lo que yo vi. A Estados Unidos, durante la Guerra Fría, no le interesaba tanto la democracia. Después, ellos creen que la democracia en México les conviene.

Arturo Rocha: Saliéndome un poco del marco cronológico del libro, ¿qué pasa entre la caída del Muro de Berlín y la invasión a Crimea, y luego a Ucrania continental por parte de Rusia? ¿Cómo describiría la política exterior de Estados Unidos en ese periodo? ¿Buscaron quizá una mayor influencia económica, pues la batalla ideológica la tenían relativamente ganada?

Soledad Loaeza: Yo creo que hay una total indiferencia. Basta con ver, por ejemplo, la actitud hostil del presidente Obama hacia México y hacia

todos los latinoamericanos. La presencia de Estados Unidos puede tener un efecto estabilizador muy importante en la región, de la misma manera que puede ser desestabilizador. Todo depende del contexto en el que estamos hablando.

Arturo Rocha: La primera parte de la aseveración es un tanto controvertida, porque, en el fondo, habla de una suerte de paternalismo. Evidentemente tienen en su historia a los federalistas, un sistema de pesos y contrapesos, dos siglos de gobiernos democráticos, pero, ¿por qué tendrían que venir a la región, como si fuéramos menores de edad, a mostrarnos cómo funciona una democracia liberal?

Soledad Loaeza: Porque si no, llevamos a líderes populistas al poder.

Arturo Rocha: No quisiera divagar, pero en ocasiones esos líderes tienen un respaldo importante en la región, además de representar a mayorías populares frente a las élites.

Soledad Loaeza: Aquí entramos en otro tipo de discusión. El tema es la tensión entre el principio democrático y la capacidad de Gobierno. Ahí hay una tensión muy fuerte, sobre todo en el caso latinoamericano. Claro que son democráticos, claro que son mayoría. Pero, ¿quiénes llegan al poder con Evo Morales, Pedro Castillo, el maestro de Nicaragua o el camarada de Venezuela?

Arturo Rocha: También puede pasar lo opuesto. Por ejemplo, reconociendo las inadmisibles violaciones a derechos humanos, poner a una persona a cargo de un país, sin ninguna legitimidad democrática, porque no ha sido electa para dicho puesto, y además hacer toda una campaña internacional para respaldar a alguien que tampoco tiene ningún tipo de poder de facto es cuando menos problemático.

Soledad Loaeza: Es un dilema. Es una tensión que también la vivieron los europeos, no sólo nosotros. Recuerde que la democracia era en el siglo XIX un insulto: caos, anarquía, Gobierno de la multitud, desorden. Permanece incluso hasta la década de 1930. Los europeos encontra-

ron una solución totalmente pragmática. Pensemos que los gobiernos en 1945 eran principalmente gobiernos *de facto*.

¿Quién eligió a Charles de Gaulle, sino Charles de Gaulle? ¿Quién eligió al Gobierno checo o polaco después de la guerra? Fueron los grupos armados que dijeron “yo aquí me siento”. Tenían que responder a la presión de Estados Unidos de formar una democracia, pero también resolver los problemas cotidianos de la población. Al término de la guerra, no todos los países querían ser democráticos, la democracia no tenía tan buena reputación. Finalmente, había sido la democracia de Weimar la que había sido derrotada por el nacionalsocialismo. Pero, al final, la democracia fue lo único que sirvió.

Arturo Rocha: Volviendo a la discusión hacia el presente, ¿cómo llamaría usted al nuevo periodo de confrontación entre Estados Unidos y Rusia o China, por ejemplo? ¿Es una continuación de la Guerra Fría? ¿Y cuáles son los principales rasgos de la política exterior de Estados Unidos en esta nueva etapa?

Soledad Loaeza: Hay una reorganización del orden internacional, sin lugar a dudas, que en este momento sigue en un estado de fluidez. No sabemos qué va a pasar en Europa, si la guerra se va a extender o la van a poder contener, finalmente sentándose en la mesa de negociaciones —que yo creo que es lo que va a terminar pasando— con muchos costos, particularmente para Ucrania, porque ahí se ha librado la guerra. La Unión Europea se ha mantenido unida hasta el momento, pero tenemos que ver si esta unidad se mantendrá tomando en cuenta la presión del gas ruso y la necesidad de trigo ucraniano.

Además está el ascenso de China, un régimen perfectamente autoritario simbolizado en un hombre. Ellos no están listos para cambiar políticamente ni un centímetro. Es una potencia hegemónica que refleja un modelo político que puede ser interesante para muchos otros países, sobre todo en Asia. Este sistema internacional va a estar en fluidez todavía varios años.

También debemos considerar que el ejército ruso ha demostrado ser débil. La Guerra Fría estaba fundada en la idea de que la Unión Soviética y Estados Unidos eran potencias más o menos simétricas en términos

militares. Al caer la Unión Soviética, y abrirse archivos y documentos, los estadounidenses se percatan que actuaban sobre presupuestos falsos respecto a su aparato militar, salvo por el poder nuclear. Hubo mucho *bluff* por parte de los soviéticos en términos bélicos. Ahora no pueden esconder que tienen un ejército débil y mal preparado. Eso va a impedir que haya una nueva guerra fría. Rusia no tiene los recursos y Estados Unidos lo sabe.

Por su parte, Estados Unidos tampoco tiene las posibilidades de ejercer el poder como lo hacía en el pasado. Lo cual me hace pensar que volverán a voltear a ver a América Latina, un continente con recursos y materias primas interesantes que no han sido explotadas. Creo que vamos a pasar a otro momento en donde Estados Unidos va a aceptarse como potencia hemisférica.

Arturo Rocha: Usted decía que Obama tenía una visión negativa de América Latina, pero su entonces vicepresidente Biden visitó dieciséis veces la región, cuatro de ellas a México. ¿Por qué entiende ese recelo o esa indiferencia por parte del expresidente Obama y cómo leería la relación de ese vicepresidente Biden, que hoy despacha desde la Oficina Oval, con México y América Latina?

Soledad Loaeza: El desinterés hacia América Latina no es nuevo en Estados Unidos. Llegó con Kissinger a la cabeza del Consejo de Seguridad Nacional. Kissinger tiene una visión de la política internacional totalmente jerarquizada: en la cúspide están las superpotencias, luego están los europeos. América Latina era como el último escalón. Ahí empezó a irnos mal, por su indiferencia.

Después hubo momentos de crisis en los que se voltearon los ojos hacia México; con la crisis de la deuda, por ejemplo. Estados Unidos estaba muy comprometido con sus intereses en México. Sabían que la crisis del tequila tenía potencial de extenderse a toda América Latina y ser muy desestabilizante. Es decir, tenían que llegar momentos límite para que voltearan a México.

En el caso de Obama, partiendo de que había ya ese desinterés en relación con América Latina, había una desconfianza operante. No es que tuviera una mala opinión, pero su actitud no era precisamente la de Eisenhower.

Arturo Rocha: Pero entonces, ¿qué es lo que quiere México? Parece que la injerencia o la influencia nos amenazan desde la asimetría de poder, pero tampoco nos gusta la indiferencia.

Soledad Loaeza: La relación de México con Estados Unidos ha cambiado mucho en los últimos treinta años. Partir de lo que sucedía hace cuarenta años, las políticas nacionalistas, es un error por varias razones. Primero, Estados Unidos ha dejado de ser un país extraño para 90% de los mexicanos. ¿Cuántos mexicanos tienen familiares en Estados Unidos? Es un país que nos es muy familiar. No estamos hablando de Portugal.

No sólo eso. La cultura popular estadounidense tiene una capacidad de penetración impresionante. Eso es imparable y no nada más en México. Es atractiva a muchos niveles y para muchas personas. Los raperos llaman la atención de ciertos grupos sociales y a otros grupos les llama la atención los novelistas estadounidenses.

Arturo Rocha: Me da la impresión, tras leer su libro, que hay algunos mecanismos de defensa en los que tendríamos que prestar atención. Pondría tres sobre la mesa. En primer lugar, la arraigada vocación multilateral de México, diseñada para salir del plano bilateral y aproximarse a Estados Unidos junto con otros países. Ahora, por ejemplo, hemos presentado algunas iniciativas con respecto a la guerra en Ucrania desde el Consejo de Seguridad, junto con Francia.

Soledad Loaeza: La desventaja del multilateralismo es que tenemos que negociar con otros, aunque es tal la asimetría que hay que hacerlo. Hasta Echeverría, México iba solo con Estados Unidos. México no quería entrar al multilateralismo, porque implica negociar la propia posición para poder trabajar con otros.

Arturo Rocha: Creo que no se pueden obtener lecciones perfectas de la historia, pero tenemos también la obligación de tratar de aprender del pasado. El sistema multilateral, la misma Doctrina Estrada y la evolución del sistema presidencial que usted describe son mecanismos de defensa frente a la superpotencia. Hacia el futuro, ¿debería México seguirlos usando y navegar el plano bilateral simultáneamente?

Soledad Loaeza: Hay que ver qué ya hemos logrado como mexicanos, antes. Hemos logrado muchas cosas, porque negociábamos con inteligencia, paciencia y reflexión con los estadounidenses. No les dábamos de inmediato lo que querían. Es un error creer que los gobiernos anteriores cedieron todo. Hemos defendido los intereses mexicanos.

Había temas donde los estadounidenses no estaban dispuestos a negociar y otros donde los mexicanos no estaban dispuestos a negociar. Pero había otros muchos en los que sí se podía hacerlo. Hay que tener muy claros cuáles son esos temas. ¿En qué programas de cooperación nos interesa que nos apoyen los estadounidenses? En educación, en investigación, por ejemplo. Vamos a aprovechar las ventajas que nos puede dar la relación y a ser más cuidadosos en aquellas áreas que nos impactan y nos dañan. Pero no es todo igual, no todo nos hace daño.